

# 1, La resignación no es una actitud correcta ante el sufrimiento



Roma, 17 de mayo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Les doy mi bienvenida y ¡les agradezco por haber venido! Ustedes festejan el centenario del nacimiento de su Fundador, el beato Luigi Novarese, sacerdote enamorado de Cristo y de la Iglesia y celoso apóstol de los enfermos. Su experiencia personal de sufrimiento, vivida en la infancia, lo hizo muy sensible al dolor humano. Por esto fundó los Obreros Silenciosos de la Cruz y el Centro Voluntarios del Sufrimiento, que aún hoy continúan con su obra.

Quisiera recordar con ustedes una de las Bienaventuranzas: «Bienaventurados aquellos que lloran, porque serán consolados» (Mt 5,4). Con esta palabra profética Jesús se refiere a una condición de la vida terrena que no falta a nadie. Hay quien llora porque no tiene salud, quien llora porque está solo o es incomprendido... Los motivos del sufrimiento son muchos. Jesús experimentó en este mundo la aflicción y la humillación. Ha recogido los sufrimientos humanos, los ha asumido en su carne, los ha vivido hasta el fondo uno a uno. Ha conocido todo tipo de aflicción, aquellas morales y aquellas físicas: ha experimentado el hambre y el cansancio, la amargura de la incomprensión, ha sido traicionado y abandonado, flagelado y crucificado.

Pero diciendo «bienaventurados aquellos que lloran», Jesús no pretende declarar como feliz una condición desfavorable de la vida. El sufrimiento no es un valor en sí mismo, sino una realidad que Jesús nos enseña a vivir con la actitud justa. De hecho, existen formas correctas y formas equivocadas de vivir el dolor y el sufrimiento. Una actitud equivocada es aquella de vivir el dolor de forma pasiva, dejándose llevar con inercia y resignación. También la reacción de la rebelión y del rechazo no es una actitud justa. Jesús nos enseña a vivir el dolor aceptando la realidad de la vida con confianza y esperanza, colocando el amor de Dios y del prójimo también en el sufrimiento: el amor transforma cada cosa.

Precisamente esto les ha enseñado el beato Luigi Novarese, educando a los enfermos y a los discapacitados a valorizar su sufrimiento al interior de una acción apostólica llevada adelante con fe y amor por los demás. Él decía siempre: «Los enfermos deben sentirse los autores del propio apostolado». Una persona enferma, discapacitada, puede convertirse en apoyo y luz para otros sufrientes, trasformando así el ambiente en el que vive.

Con este carisma ustedes son un don para la Iglesia. Sus sufrimientos, como las llagas de Jesús, por una parte son escandalo para la fe, pero por otra son una constatación de la fe, señal que Dios es Amor, es fiel, es misericordioso, es consolador. Unidos a Cristo resucitado ustedes son «sujetos activos de la obra de salvación y evangelización» (Exhort. ap. Christifideles laici, 54). Los aliento a estar cerca a los sufrientes de sus parroquias, como testigos de la Resurrección. Así ustedes enriquecen a la Iglesia y colaboran con la misión de los pastores, rezando y ofreciendo sus sufrimientos también por ellos ¡Les agradezco mucho por esto!

Queridos amigos, que la Virgen los ayude a ser verdaderos “obreros de la Cruz” y verdaderos “voluntarios del sufrimiento”, viviendo las cruces y los sufrimientos con fe y con amor, junto a Cristo. Los bendigo, y les pido por favor de rezar por mí ¡Gracias! Antes de recibir la bendición, invito a todos a rezar a la Virgen nuestra madre. Ella sabe, ella conoce los sufrimientos y nos ayuda siempre en los momentos más difíciles.

Este encuentro, celebrado en el Aula Pablo VI, tuvo un matiz especial, puesto que coincide con fechas entrañables para estas Asociaciones. Se trata del primer aniversario de la beatificación, que tuvo lugar el 11 de mayo del año pasado, del sacerdote Luigi Novarese, que san Juan Pablo II denominó «apóstol de los enfermos», que nació en 1914 y que falleció en 1984. Además, este año se conmemoran cien años de su nacimiento y la fecha de este sábado, 17 de mayo, marca un momento decisivo en la historia de las mencionadas Asociaciones y en la vida de su fundador. En efecto, el 17 de mayo de 1931, los médicos que atendían al Beato Luis Novarese, certificaron su curación completa, de la tuberculosis ósea, que padecía desde cuando era niño.

El 17 de mayo de 1943, Luigi Novarese fundó la Liga Sacerdotal Mariana, para ayudar a los sacerdotes heridos durante la guerra, enfermos, en situaciones de graves dificultades. Cuatro años después, el 17 de mayo de 1947, nació el Centro de Voluntarios del Sufrimiento, poniendo en marcha un nuevo apostolado entre los enfermos.

## 2, Los enfermos, carne de Cristo

Roma, 23 de marzo de 2015

"No es fácil acercarse a un enfermo. Las cosas más hermosas de la vida y las cosas más miserables son púdicas, se esconden. El amor más grande, uno trata de ocultarlo por pudor; y las cosas que muestran nuestra miseria humana, también tratamos de ocultarlas, por pudor. Por eso, para encontrar a un enfermo hay que ir donde él, porque el pudor de la vida lo esconde. Ir a visitar a los enfermos. Y cuando hay enfermedades de por vida, cuando estamos ante enfermedades que marcan toda una vida, preferimos ocultarlas, porque ir a buscar al enfermo es ir a encontrar la propia enfermedad, la que tenemos dentro. Es tener el valor de decirse a uno mismo: yo también tengo alguna enfermedad en el corazón, en el alma, en el espíritu, yo también soy un enfermo espiritual.

Dios nos creó para cambiar el mundo, para ser eficientes, para dominar la Creación: es nuestra tarea. Pero cuando nos enfrentamos a una enfermedad, vemos que esta enfermedad impide esto: ese hombre, esa mujer nacido o nacida de esa manera, o que su cuerpo se ha vuelto así, es **decir 'no' --parece-- a la misión de transformar el mundo. Este es el misterio de la enfermedad. Solo podemos acercarnos a una enfermedad en espíritu de fe.** Podemos acercarnos bien a un hombre, a una mujer, a un niño, a una niña, enfermos, solo si miramos a Aquél que ha cargado sobre sus espaldas todas nuestras enfermedades, si nos acostumbramos a mirar a Cristo crucificado. Ahí está la única explicación de este "fracaso", de este fracaso humano, la enfermedad de por vida. La única explicación está en Cristo Crucificado.

A vosotros, **enfermos**, os digo que si no podéis entender al Señor, le pido al Señor que os haga entender en el corazón que **sois la carne de Cristo**, que sois **Cristo Crucificado entre nosotros**, que sois los hermanos muy cercanos a Cristo. Una cosa es mirar un crucifijo y otra cosa es mirar a un hombre, a una mujer, a un niño enfermos, es decir, **crucificados en su enfermedad: son la carne viva de Cristo.**

A vosotros, voluntarios, ¡muchas gracias! Muchas gracias por emplear vuestro tiempo acariciando la carne de Cristo, sirviendo a Cristo Crucificado, vivo. ¡Gracias! Y también a vosotros, médicos, enfermeros, os digo gracias. Gracias por hacer este trabajo, gracias por no convertir vuestra profesión en un negocio. Gracias a muchos de vosotros que seguís el ejemplo del Santo que está aquí, que ha trabajado aquí en Nápoles: servir sin enriquecerse por el servicio. Cuando la medicina se convierte en comercio, en negocio, es como el sacerdocio cuando actúa de la misma manera: pierde la esencia de su vocación.

A todos vosotros, cristianos de esta diócesis de Nápoles, os pido que no olvidéis lo que Jesús nos ha pedido y que también está escrito en el "protocolo" con el que seremos juzgados: **Estaba enfermo y me visitaste (cfr. Mt 25, 36)**. Sobre esto seremos juzgados. El mundo de la enfermedad es un mundo de dolor. Los enfermos sufren, reflejan a Cristo sufriente: no debemos tener miedo de acercarnos a Cristo que sufre. Muchas gracias por todo lo que hacéis. Y rezamos para que todos los cristianos de la diócesis tengan más consciencia de esto y oremos para *que el Señor os dé, a vosotros y a muchos voluntarios, perseverancia en este servicio de acariciar la carne sufriente de Cristo. Gracias*".

### 3, Llanto y dolor generan esperanza

Ciudad del Vaticano, 4 enero 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la catequesis de hoy quisiera contemplar con ustedes la figura de una mujer que nos habla de la esperanza vivida en el llanto. La esperanza vivida en el llanto. Se trata de Raquel, la esposa de Jacob y la madre de José y Benjamín, aquella que, como nos narra el Génesis, muere dando a la luz a su segundo hijo, es decir, a Benjamín.

El profeta Jeremías hace referencia a Raquel dirigiéndose a los Israelitas en exilio para consolarlos, con palabras llenas de emoción y de poesía; es decir, toma el llanto de Raquel pero da esperanza: *Así dice Yahveh: En Ramá se escuchan ayes, lloro amarguísimo. Raquel que llora por sus hijos, que rehúsa consolarse por sus hijos porque no existen*, Jr 31, 15.

En estos versículos, Jeremías presenta a esta mujer de su pueblo, la gran matriarca de su tribu, en una realidad de dolor y llanto, pero junto a una perspectiva de vida impensada. Raquel, que en la narración del Génesis había muerto dando a luz y había asumido esta muerte para que su hijo pudiese vivir, ahora en cambio, es presentada nuevamente por el profeta como viva en Ramá, allí donde se reunían los deportados, llora por sus hijos que en cierto sentido han muerto andando en exilio; hijos que, como ella misma dice, *ya no existen*, han desaparecido para siempre.

Y por esto Raquel no quiere ser consolada. Este rechazo expresa la profundidad de su dolor y la amargura de su llanto. Ante la tragedia de la pérdida de sus hijos, una madre no puede aceptar palabras o gestos de consolación, que son siempre inadecuados, nunca capaces de aliviar el dolor de una herida que no puede y no quiere ser cicatrizada. Un dolor proporcional al amor.

Toda madre sabe todo esto; y son muchas, también hoy, las madres que lloran, que no se resignan a la pérdida de un hijo, inconsolables ante una muerte imposible de aceptar. Raquel contiene en sí el dolor de todas las madres del mundo, de todo tiempo, y las lágrimas de todo ser humano que llora pérdidas irreparables.

Este rechazo de Raquel que no quiere ser consolada nos enseña también cuanta delicadeza se nos pide ante el dolor de los demás. Para hablar de esperanza con quien está desesperado, se necesita compartir su desesperación; para secar una lágrima del rostro de quien sufre, es necesario

unir a su llanto el nuestro. Solo así, nuestras palabras pueden ser realmente capaces de dar un poco de esperanza. Y si no puedo decir palabras así, con el llanto, con el dolor, mejor el silencio. La caricia, el gesto y nada de palabras.

Y Dios, con su delicadeza y su amor, responde al llanto de Raquel con palabras verdaderas, no fingidas; de hecho, así prosigue el texto de Jeremías: *Así dice Yahveh: Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto, porque hay paga para tu trabajo, oráculo de Yahveh: volverán de tierra hostil, y hay esperanza para tu futuro, oráculo de Yahveh: volverán los hijos a su territorio, Jr 31, 16-17.*

Justamente por el llanto de la madre, hay todavía esperanza para los hijos, que volverán a vivir. Esta mujer, que había aceptado morir, en el momento del parto, para que el hijo pudiese vivir, con su llanto es ahora el principio de una vida nueva para los hijos exiliados, prisioneros, lejos de la patria. Al dolor y llanto amargo de Raquel, el Señor responde con una promesa que ahora puede ser para ella motivo de verdadera consolación: el pueblo podrá regresar del exilio y vivir en la fe, libre, la propia relación con Dios. Las lágrimas han generado esperanza. Y esto no fácil de entender, pero es verdadero. Tantas veces, en nuestra vida, las lágrimas siembran esperanza, son semillas de esperanza.

Como sabemos, este texto de Jeremías es luego retomado por el evangelista Mateo y aplicado a la matanza de los inocentes, Mt 2, 16-18. Un texto que nos pone ante la tragedia de la matanza de seres humanos indefensos, del horror del poder que desprecia y destruye la vida. Los niños de Belén murieron a causa de Jesús. Y Él, Cordero inocente, luego morirá, a su vez, por todos nosotros. El Hijo de Dios ha entrado en el dolor de los hombres: no se olviden de esto. Cuando alguien se dirige a mí y me hace una pregunta difícil, por ejemplo: *Me diga padre: ¿Por qué sufren los niños?*, de verdad, yo no sé qué cosa responder. Solamente digo: *Mira el Crucifijo: Dios nos ha dado a su Hijo, Él ha sufrido, y tal vez ahí encontraras una respuesta. No hay otras respuestas. Solamente mirando el amor de Dios que da en su Hijo que ofrece su vida por nosotros, se puede indicar el camino de la consolación.* Y por esto decimos que el Hijo de Dios ha entrado en el dolor de los hombres, los ha compartido y ha recibido la muerte; su Palabra es definitivamente palabra de consolación, porque nace del llanto.

Y en la cruz estará Él, el Hijo muriente, que dona una nueva fecundidad a su madre, confiándole al discípulo Juan y convirtiéndola en madre del pueblo de los creyentes. Allí, la muerte es vencida, y llega así a cumplimiento de la profecía de Jeremías. También las lágrimas de María, como aquellas de Raquel, han generado esperanza y nueva vida. Gracias.